realizar el propio oficio, ha de estar informado por (…) el espíritu de servicio, el deseo de trabajar para contribuir al bien de los demás hombres" (ECP, 51). Y, de otra, la conciencia de la libertad en todo lo opinable: "Evitad ese abuso que parece exasperado en nuestros tiempos –está patente y se sigue manifestando de hecho en naciones de todo el mundo– que revela el deseo, contrario a la lícita independencia de los hombres, que trata de obligar a todos a formar un solo grupo en lo que es opinable, a crear como dogmas doctrinales temporales" (*Carta 9-I-1932*: AGP, serie A.3, 91-3-2). De ahí que san Josemaría revalorizara lo que llamaba mentalidad laical, que lleva a asumir la personal responsabilidad de las acciones, a respetar a quien propone en materias opinables soluciones diversas a las que uno sostiene y, por tanto, no sólo tolerar sino amar el pluralismo (cfr. CONV, 117).

En estas materias la Jerarquía de la Iglesia tiene el deber de mostrar las verdades y principios que derivan del Evangelio, de la ley natural y de los derechos universales del hombre, que deben por tanto orientar la actuación del cristiano y, en términos más amplios, de todo hombre de buena voluntad. Pero las soluciones concretas y técnicas a esos problemas corresponden a los ciudadanos; hablando teológicamente, a los laicos, que tienen por misión propia "buscar el reino de Dios tratando y ordenando, según Dios, los asuntos temporales" (LG, 31). Sería, por tanto, *clericalismo* pretender por parte de los sacerdotes imponer al laico, en nombre de la fe, criterios personales. Y, en cambio, sería *laicismo* tratar de implantar una radical separación entre fe y vida, cuando en realidad la fe da luces sobre el sentido de la vida humana y ayuda a enfocar las cuestiones temporales, siempre respetando a la vez el margen de "opinabilidad" y, en ocasiones de incertidumbre, que implican el acontecer histórico y la vida social. Por eso, "un cristiano ha de hacer compatible la pasión humana por el progreso cívico y social con la conciencia de la limitación de las propias opiniones, respetando, por consiguiente, las opiniones de los demás y amando el legítimo pluralismo. Quien no sepa vivir así, no ha llegado al fondo del mensaje cristiano" (Josemaría Escrivá de Balaguer, "Las riquezas de la fe", 2-XI-1969, *ABC*, Madrid).

Voces relacionadas: Apostolado; Familia, Santificación de la; Mentalidad laical; Responsabilidad; Trabajo, Santificación del.

Bibliografía: AIG, pp. 97-123; Aa.Vv., *Laicità. La ricerca dell'universale nelle differenze* (a cura di Pierpaolo Donati), Bologna, Il Mulino, 2008; José Luis Illanes, *La santificación del trabajo. El trabajo en la historia de la espiritualidad*, Madrid, Palabra, 2001 rev. y act.; Id., *Existencia cristiana y mundo. Jalones para una reflexión teológica sobre el Opus Dei*, Pamplona, EUNSA, 2003; Antonio Peinador, "Deberes de estado", en GER, VII, pp. 290-292; Álvaro del Portillo, *Una vida para Dios. Reflexiones en torno a la figura de Monseñor Josemaría Escrivá de Balaguer. Discursos, Homilías y otros escritos*, Madrid, Rialp, 1997, pp. 69-87; Martin Rhonheimer, *La transformación del mundo. La actualidad del Opus Dei*, Madrid, Rialp, 2006; Gustave Thils, *Santidad cristiana*, Salamanca, Ediciones Sígueme, 1965, p. 34.

Giorgio FARO

DEFECTOS

1. Defectos y lucha ascética. 2. La caridad y los defectos del prójimo.

En su sentido más amplio, la palabra "defecto" indica la imperfección física o moral de una cosa o de un sujeto, o –lo que es equivalente– la carencia, por esa cosa o sujeto, de una cualidad debida. En la literatura teológica espiritual se suele distinguir entre defecto y pecado. Por pecado se entiende la infracción voluntaria de la ley o voluntad divina, sea en materia grave (pecado mortal), sea en materia leve

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

(pecado venial). Por defectos se entienden más bien las deficiencias o límites caracterológicos, anímicos o físicos, que pueden afectar a una persona; son pues, en cuanto tales, independientes de la voluntad, aunque la forma de comportarse puede llegar a agudizarlos (y en este sentido a hacer algún mal voluntario, en cuanto voluntariamente aceptados o cometidos) o a atenuarlos o incluso a hacerlos desaparecer. Con frecuencia, sin embargo, esta distinción no se aplica de manera neta y se habla conjuntamente de defectos y pecados.

En la enseñanza espiritual de san Josemaría, los defectos aparecen en dos contextos principales: en el de la lucha ascética personal, como una realidad con la que debemos contar y contra la que hay que pelear, con la ayuda de la gracia, para alcanzar la santidad; y en la relación con los demás, bajo la óptica de la caridad y el apostolado: amar a los demás con sus defectos, ayudándoles a corregirlos.

1. Defectos y lucha ascética

En el primer contexto, los defectos son, para san Josemaría, consecuencia de la limitación humana y también del pecado; algo, por tanto, con lo que siempre hay que contar, porque la perfección sólo se alcanza en el Cielo: "Sé que, en seguida, al hablar de combatir, se nos pone por delante nuestra debilidad, y prevemos las caídas, los errores. Dios cuenta con esto. Es inevitable que, caminando, levantemos polvo. Somos criaturas y estamos llenos de defectos. Yo diría que tiene que haberlos siempre: son la sombra que, en nuestra alma, logra que destaquen más, por contraste, la gracia de Dios y nuestro intento por corresponder al favor divino. Y ese claroscuro nos hará humanos, humildes, comprensivos, generosos" (ECP, 76)

Pero su visión es siempre positiva y optimista, enfocada desde un decidido afán de santidad y un convencimiento radical del poder de la gracia, y por tanto de la lucha ascética personal: podemos aspirar a superar cualquier defecto, aunque sea tarea de toda la vida: "La santidad está en la lucha, en saber que tenemos defectos y en tratar heroicamente de evitarlos. La santidad –insisto– está en superar esos defectos..., pero nos moriremos con defectos: si no, ya te lo he dicho, seríamos unos soberbios" (F, 312).

"La experiencia del pecado no nos debe, pues, hacer dudar de nuestra misión. Ciertamente nuestros pecados pueden hacer difícil reconocer a Cristo. Por tanto, hemos de enfrentarnos con nuestras propias miserias personales, buscar la purificación. Pero sabiendo que Dios no nos ha prometido la victoria absoluta sobre el mal durante esta vida, sino que nos pide lucha. *Sufficit tibi gratia mea* (2 Co 12, 9), te basta mi gracia, respondió Dios a Pablo, que solicitaba ser liberado del aguijón que le humillaba. El poder de Dios se manifiesta en nuestra flaqueza, y nos impulsa a luchar, a combatir contra nuestros defectos, aun sabiendo que no obtendremos jamás del todo la victoria durante el caminar terreno. La vida cristiana es un constante comenzar y recomenzar, un renovarse cada día" (ECP, 114).

El primer paso en esa lucha contra los propios defectos, es conocerlos y "reconocerlos", aceptarlos; por eso san Josemaría da particular importancia al examen de conciencia, como medio ascético práctico imprescindible en el camino de santidad: "Ten sinceridad "salvaje" en el examen de conciencia; es decir, valentía: la misma con la que te miras en el espejo, para saber dónde te has herido o dónde te has manchado, o dónde están tus defectos, que has de eliminar" (S, 148).

Un examen, por tanto, particularmente atento y profundo, "salvajemente sincero", porque los defectos más importantes pueden estar muy escondidos; y un examen que es siempre oración, diálogo con Dios, no mera introspección personal: la sinceridad con Dios y con uno mismo están íntimamente unidas (cfr. S, 739). Una vez

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

identificados y aceptados los defectos, en esa oración sencilla y sincera que lleva al propio conocimiento, hay que luchar contra ellos: procurar corregirlos y eliminarlos. Una lucha en la que san Josemaría destaca el papel de la mortificación, insistiendo, una vez más, en un binomio clásico de la ascética cristiana: oración y mortificación: "Cada día un poco más –igual que al tallar una piedra o una madera–, hay que ir limando asperezas, quitando defectos de nuestra vida personal, con espíritu de penitencia, con pequeñas mortificaciones, que son de dos tipos: las activas –ésas que buscamos, como florecicas que recogemos a lo largo del día–, y las pasivas, que vienen de fuera y nos cuesta aceptarlas. Luego, Jesucristo va poniendo lo que falta. –¡Qué Crucifijo tan estupendo vas a ser, si respondes con generosidad, con alegría, del todo!" (F, 403)

En estas palabras se insinúa, además, el fundamento teológico último de esa lucha ascética contra los propios defectos: la Redención obrada por Jesucristo, que tiene su centro en la Cruz. Es decir, es el mismo Señor el que va puliendo nuestros defectos, con su gracia y con nuestra cooperación, haciéndonos cada vez más parecidos a Él: el Cordero sin mancha, sin defectos.

Por otra parte, coherentemente con sus enseñanzas sobre la vida ordinaria, el valor de la cosas pequeñas, etc., san Josemaría insiste en la perseverancia diaria en esa lucha; y con su profundo optimismo, sabe "darles la vuelta" incluso a los defectos más recalcitrantes: "Nuestra vida –la de los cristianos– ha de ser así de vulgar: procurar hacer bien, todos los días, las mismas cosas que tenemos obligación de vivir; realizar en el mundo nuestra misión divina, cumpliendo el pequeño deber de cada instante. –Mejor: esforzándonos por cumplirlo, porque a veces no lo conseguiremos y, al venir la noche, en el examen, tendremos que decir al Señor: no te ofrezco virtudes; hoy sólo puedo ofrecerte defectos, pero –con tu gracia– llegaré a llamarme vencedor" (F, 616).

Tampoco olvida san Josemaría una experiencia frecuente, respecto a los propios defectos, en las personas que van ya avanzando en su camino de santidad: "Procuremos fomentar en el fondo del corazón un deseo ardiente, un afán grande de alcanzar la santidad, aunque nos contemplemos llenos de miserias. No os asustéis; a medida que se avanza en la vida interior, se perciben con más claridad los defectos personales. Sucede que la ayuda de la gracia se transforma como en unos cristales de aumento, y aparecen con dimensiones gigantescas hasta la mota de polvo más minúscula, el granito de arena casi imperceptible, porque el alma adquiere la finura divina, e incluso la sombra más pequeña molesta a la conciencia, que sólo gusta de la limpieza de Dios. Díselo ahora, desde el fondo de tu corazón: Señor, de verdad quiero ser santo, de verdad quiero ser un digno discípulo tuyo y seguirte sin condiciones. Y enseguida has de proponerte la intención de renovar a diario los grandes ideales que te animan en estos momentos" (AD, 20). El amor a Dios conduce así a no pactar o dar poca importancia a los propios defectos y miserias, rechazando una engañosa comodidad que conduce a la tibieza espiritual y el aburguesamiento.

2. La caridad y los defectos del prójimo

La continuación de la última cita nos introduce directamente en el segundo ámbito de utilización espiritual que san Josemaría hace de la expresión "defectos": "¡Jesús, si los que nos reunimos en tu Amor fuéramos perseverantes! ¡Si lográsemos traducir en obras esos anhelos que Tú mismo despiertas en nuestras almas! Preguntaos con mucha frecuencia: yo, ¿para qué estoy en la tierra? Y así procuraréis el perfecto acabamiento –lleno de caridad– de las tareas que emprendáis cada jornada y el cuidado de las cosas pequeñas. Nos fijaremos en el ejemplo de los santos: per-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

sonas como nosotros, de carne y hueso, con flaquezas y debilidades, que supieron vencer y vencerse por amor de Dios; consideraremos su conducta y –como las abejas, que destilan de cada flor el néctar más precioso– aprovecharemos de sus luchas. Vosotros y yo aprenderemos también a descubrir tantas virtudes en los que nos rodean –nos dan lecciones de trabajo, de abnegación, de alegría...–, y no nos detendremos demasiado en sus defectos; sólo cuando resulte imprescindible, para ayudarles con la corrección fraterna" (AD, 20)

Desde esta perspectiva, el punto de partida vuelve a ser la constatación clara de la existencia de defectos en el ser humano: en este caso, en los demás. La dificultad para el camino personal de santidad surge entonces de nuestra inclinación (también consecuencia del pecado) a reaccionar a la contra, no de los defectos en sí mismos, sino de la persona que los posee, cerrando así el camino a una verdadera ayuda, al ejercicio de la caridad. Por eso, para san Josemaría, la clave está en ver, primero, comprender, después, y, sobre todo, amar, a la persona en cuanto tal, más allá de sus defectos; o mejor, "con sus defectos".

Se trata de una enseñanza de origen evangélico (cfr. Mt 6, 22-23 y 7, 3) que san Josemaría hace suya: "Los defectos que ves en los demás quizá son los tuyos. «Si oculus tuus fuerit simplex...» –Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo estará iluminado; mas si tienes malicioso tu ojo, todo tu cuerpo estará oscurecido. Y más aún: "¿cómo te pones a mirar la mota en el ojo de tu hermano, y no reparas en la viga que está dentro del tuyo?" –Examínate" (S, 328).

Las consecuencias de este comportamiento, basado en la verdadera caridad cristiana, son llevadas por san Josemaría hasta el final: "Has de querer a tus hermanos, los hombres, hasta el extremo de que incluso sus defectos –cuando no sean ofensa de Dios– no te parezcan defectos. Si no quieres más que las buenas cualidades que veas en los demás –si no sabes comprender, disculpar, perdonar–, eres un egoísta" (F, 954).

Una aplicación particular de estas ideas, frecuente en la predicación de san Josemaría, coherentemente con su gran valoración cristiana y social de la familia, es la que corresponde a la vida matrimonial, al trato entre los cónyuges: "Que se quieran. Y que sepan que a lo largo de la vida habrá riñas y dificultades que, resueltas con naturalidad, contribuirán incluso a hacer más hondo el cariño. Cada uno de nosotros tiene su carácter, sus gustos personales, su genio –su mal genio, a veces– y sus defectos. Cada uno tiene también cosas agradables en su personalidad, y por eso y por muchas más razones, se le puede querer. La convivencia es posible cuando todos tratan de corregir las propias deficiencias y procuran pasar por encima de las faltas de los demás: es decir, cuando hay amor, que anula y supera todo lo que falsamente podría ser motivo de separación o de divergencia. En cambio, si se dramatizan los pequeños contrastes y mutuamente comienzan a echarse en cara los defectos y las equivocaciones, entonces se acaba la paz y se corre el riesgo de matar el cariño" (CONV, 108).

Otra aplicación, coherente ahora con su hondo sentido eclesial, se refiere a la Iglesia: "*Gens sancta*, pueblo santo, compuesto por criaturas con miserias: esta aparente contradicción marca un aspecto del misterio de la Iglesia. La Iglesia, que es divina, es también humana, porque está formada por hombres y los hombres tenemos defectos (...). Cuando el Señor permita que la flaqueza humana aparezca, nuestra reacción ha de ser la misma que si viéramos a nuestra madre enferma o tratada con desafecto: amarla más, darle más manifestaciones externas e interiores de cariño. Si amamos a la Iglesia no surgirá nunca en nosotros ese interés morboso de airear, como culpa de la Ma-

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

dre, las miserias de algunos de los hijos" (AIG, pp. 23, 24-25).

Finalmente, también encontramos en la enseñanza de san Josemaría una especie de confluencia entre estos dos aspectos del papel que desempeñan los "defectos" en la vida espiritual: el choque entre los defectos personales y los del prójimo nos debe llevar, a la vez, a comprender, a ayudar, y a corregirlos: "Chocas con el carácter de aquel o del otro... Necesariamente ha de ser así: no eres una moneda de cinco duros que a todos gusta. Además, sin esos choques que se producen al tratar al prójimo, ¿cómo irías perdiendo las puntas, aristas y salientes –imperfecciones, defectos– de tu genio para adquirir la forma reglada, bruñida y reciamente suave de la caridad, de la perfección? Si tu carácter y los caracteres de quienes contigo conviven fueran dulzones y tiernos como merengues, no te santificarías" (C, 20).

Como síntesis de todas estas ideas, puede servir el siguiente punto de *Surco*: "¡Que el otro está lleno de defectos! Bien... Pero, además de que sólo en el Cielo están los perfectos, tú también arrastras los tuyos y, sin embargo, te soportan y, más aún, te estiman: porque te quieren con el amor que Jesucristo daba a los suyos, ¡que bien cargados de miserias andaban! –¡Aprende!" (S, 758)

Voces relacionadas: Carácter, Formación del; Caridad; Examen de conciencia; Fraternidad; Lucha ascética; Tibieza.

Bibliografía: Francisco Fernández-Carvajal - Pedro Beteta, *Hijos de Dios. La filiación divina que vivió y predicó el Beato Josemaría Escrivá*, Madrid, Palabra, 1995; Fernando Ocáriz, *Naturaleza, gracia y gloria*, Pamplona, EUNSA, 2001.

Javier SESÉ

DELL'ACQUA, ANGELO

(Nac. Milán, Italia, 9-XII-1903; fall. Lourdes, Francia, 27-VIII-1972). Cardenal y Vicario General de Roma, amigo íntimo de san Josemaría. Hijo de Giovanni dell'Acqua y de Giuseppina Vasalli, estudió en los Seminarios de Monza y de Milán. Acabados sus estudios filosóficos y teológicos, se trasladó a Roma para hacer el doctorado en Derecho Canónico, que obtuvo en la Universidad Gregoriana. Recibió la ordenación sacerdotal de manos del cardenal Tosi el 9 de mayo de 1928, en la iglesia de San Bernardino, en Sesto Calende (Varese), y se incorporó el mismo año a la Congregación de los Oblatos de San Ambrosio y San Carlos.

En 1931 recibió el encargo de Secretario de la Delegación Apostólica en Grecia, y después en Turquía, donde trabajó junto a Mons. Roncalli, el futuro Juan XXIII. En 1935 fue nombrado rector del Seminario Pio-Romano y en 1954, Sustituto de la Secretaría de Estado. El 27 de diciembre de 1958 fue consagrado obispo por Juan XXIII, quien le conocía bien y le llamaba, afectuosamente, Angelino. Siguió en su encargo en Secretaría de Estado hasta 1967, momento en que Pablo VI le confirió la púrpura cardenalicia y le nombró Presidente de la Prefectura de los Asuntos Económicos, y en 1968, Vicario de la diócesis de Roma. En ese año fue nombrado Gran Canciller de la Pontificia Universidad Lateranense.

San Josemaría conoció a Mons. Dell'Acqua con ocasión del Centro ELIS, obra apostólica a favor de la juventud trabajadora que se creó con el dinero recolectado en todo el mundo con motivo del octogésimo cumpleaños de Pío XII, y que le fue encomendada al Opus Dei en el pontificado de Juan XXIII. En esa gestión intervino el cardenal Dell'Acqua; y también intervino en la organización de la visita de Pablo VI al ELIS el 21 de noviembre de 1965 para presidir su inauguración (era la

Biblioteca Virtual Josemaría Escrivá de Balaguer y Opus Dei

Aviso de Copyright

Cada una de las voces que se ofrecen en esta Biblioteca Virtual forma parte del *Diccionario de San Josemaría Escrivá de Balaguer* y son propiedad de la Editorial Monte Carmelo, estando protegidas por las leyes de derecho de autor.